

El General José Miguel Gómez

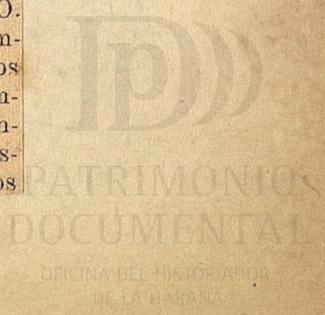
Sumo 4/21 M

No vamos a cantar un responso. No queremos que nuestras palabras sean una elegía. Sencillamente, deseamos que este artículo que balbuceamos al escribirlo, con profunda pena, sea un testimonio de serenidad y de justicia. Por encima de cualquier sentimiento, nos empeñamos siempre en mantener la razón. Y cuando esto nos acontece, al realizar o enjuiciar cualquier obra, experimentamos el intenso bien de un sagrado deber.

Lo que significa para Cuba el general José Miguel Gómez la Historia lo dirá. Su influencia a través de los periodos más agitados y más felices de nuestra vida republicana, mejor que nosotros lo dirá en lo porvenir, concluyente, el fallo de las conciencias honradas y de los espíritus superiores. Pero antes que llegue ese momento solemne, definitivo, EL MUNDO sienta la premisa que el general José Miguel Gómez fué un cubano, tan cubano, que no dejó de serlo ni siquiera en sus apasionamientos y en sus ofuscaciones. Defendió sus principios con tenacidad sin límites, y cuando, por un acaso demasiado intransigente, se oponían a sus propósitos obstáculos serios, el general Gómez, hombre entero, hombre de carácter, hombre de multitudes y hombre de fe, arriesgaba el último recurso en la empresa más aventurada, pero también más generosa, como son invariablemente las empresas de corazón.

Así lo vimos en la Revolución de Febrero. Convencido de la victoria del Partido Liberal y convencido también de la funesta obcecación del general Menocal acudió al levantamiento insurreccional. Viejo, sin las energías que le dieron sus gloriosas estrellas de Mayor General de la libertad cubana, fué vencido. Efectivamente no debió serlo. Por la adhesión del pueblo, por la legitimidad que defendía, el Partido Liberal no mereció la triste y en toda época lamentada, caída de Caicaje. Después el desarrollo de los acontecimientos nos manifestaron la alta personalidad del general José Miguel Gómez en la vida nacional cubana. El pueblo lo quería, sus adictos reconocían en él a un ídolo, y hasta sus mismos errores ellos lo justificaban considerándolos golpes de habilidad. Indiscutiblemente, que en los últimos tiempos el general Gómez demostró cansancio. Unos años antes no hubiera él practicado sistemas que rechazó en lo íntimo de su ser.

Al designarlo el Partido Liberal su candidato presidencial concentró en su persona la voluntad casi unánime de la República. El período gubernamental último del general Menocal había sido de consecuencias tan deplorables que la nacionalidad pedía, exigía, un cambio rápido, una radical transformación. A la potencialidad de su candidatura obedeció que el Partido Conservador se disolviera y apostatara de su credo anulando la candidatura del general Rafael Montalvo. No es preciso enumerar los incidentes de esta batalla comicial. Viven frescos en la memoria de todos y cada uno. Pero sí destacaremos las circunstancias que nos diferenciaron al general José Miguel Gómez y a EL MUNDO. Los dos fuimos nacionalistas, con distintas modalidades. Sin embargo, a los dos nos guió un alto y noble interés. Lo decimos ahora porque desgraciadamente el general Gómez ha muerto. Combatimos con tesón la solicitud al Gobierno de Washington por entender que allí no había ningún procedimiento legítimo para nuestras ilegalidades, apreciando que el remedio estaba en nosotros



mismos. El general Gómez escéptico, por el transcurso de los años, no confió en nuestras propias fuerzas y quiso buscar el apoyo en otras más poderosas. Buscó la infusión de vida del mismo modo que esos enfermos anémicos se aplican la infusión de la sangre ajena para fortalecer su enteco organismo. Pero en esa conducta no había desvío patriótico, sino visión equivocada de la realidad.

Para EL MUNDO, el general José Miguel Gómez no dejó de ser un patriota. Es más, el general Gómez quizás no acertara, seguramente no acertó en su actitud. A pesar de ello, esa actitud se inspiraba en un hondo sentimiento de justicia. No hallaba manera de encontrar aquí esa justicia y apeló a lo que clasificaríamos resoluciones heroicas. Más daño le han inferido a Cuba y al doctor Zayas el general Menocal abandonando una República sin dinero, que cualquier otro motivo por peregrino que se estime. Esa es la verdad. El anterior Gobierno, en la desesperada, nos ha entregado a la merced extranjera casi con voluptuosidad. Es hora de sinceridades.

Y como contraste hidalgo de un Gobierno cubano y para los cubanos, el señor Presidente de la República, sin indecisiones de ningún género, con franca y encomiable conducta, ha reclamado el cadáver para honrar al ex-Presidente de Cuba. Gesto gallardo, que no sólo valorizará el Partido Liberal, sino toda la República, que no puede ver, que no vé en el general Gómez, más que una virtud patriótica.

Fué un mambí.

M, junio 14/21



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA